

¿Cómo se le vende el alma al diablo?

MANOLO E. VELA
CASTAÑEDA



MANOLOVELA@IBEROMX

Venderle el alma al diablo es más fácil de lo que Usted, apreciado lector, cree. Para animarse a dar el primer paso solo basta una sutil combinación de desesperación, ambición y oportunidad. Y entonces, vestido de traje y corbata, caballeroso, refinado, sutil, pero implacable, el diablo se le aparecerá a cada tanto, para cobrar favores y más favores, y más favores... de forma interminable.

El primer paso se convierte en la entrada a un tobogán cada vez más oscuro, del que casi nunca se puede ya salir. El primer paso no solo ablandará la conciencia del nuevo corrupto, sino que también hará que la noticia se propague –rápido, como pólvora. En el gremio de los abogados todos saben de qué pata cojea cada quien –prácticamente no hay secretos. Se sabe a quienes se puede comprar (y hasta con cuánto), y a quienes se debe intimidar.

Pero como hay estructuras que les protegen, que se sepa quién es quién a los abogados corruptos no les importa. La pertenencia a la red les asegura impunidad. Los de arriba protegen a los de abajo. Para que la red funcione todos tienen que tener la certeza de que nada pasará, que todo está bajo control, que los de arriba saben cómo violar la ley con estilo. Nuestra tragedia es precisamente esa: que a los corruptos dejó –hace mucho– de importarles que se sepa que ellos lo son, porque cuentan con una inmensa red de protección ¿Por dónde empezar a desmantelarla?

Y una cosa lleva a otra... Si Usted participa en el trabajo de organización de un candidato corrupto, en unas elecciones; luego, ya en el cargo, él le pagará el favor, facilitándole, por ejemplo, su examen privado. Cuando Usted ya está adentro de la red, se le antojará correr por un puesto; le apoyarán, y al ganar, le pedirán que pague favores, a los de más arriba. Al mismo tiempo Usted hizo que otros –de abajo– se comprometieran, a quienes deberá, al mismo tiempo, pagar y cobrar favores. De una plaza aspirará a otra, y a otra y a otra... Y cuando Usted siente la vida se le fue –al amparo de favores y más favores, como los cargos no eran eternos y había que aprovechar– y amasó una fortuna, con



ILUSTRACIÓN VÍCTOR MATAMOROS > EL PERIÓDICO

la que resolvió su vida, la de su familia y varias generaciones más.

La escala de lo que está en juego es cada vez mayor. Si en una operación de corrupción lo que está en juego es una plaza de profesor; en otra, se tratará de pagar un favor aportando a la elección de un candidato a la decanatura. En otra lo que estará en juego será la liberación –antes de lo debido– de un reo, porque el juez le botó pruebas a la fiscalía, o hizo mal –apropósito– una sentencia... Na-

die alcanzó a ver la relación entre lo “inofensivo” que resultaba aportar cuatro cajas de whisky, que sirvieron para amenizar una fiesta en apoyo a la campaña de un decano corrupto; y cómo, con el paso del tiempo, el organismo judicial está a punto de ser presidido por un grupo de abogánsteres.

Este es el mundo de los “amigos”. En las redes de corrupción las relaciones de subordinación se disfrazan de amistad. A los de abajo se les exige pleitesía,

lealtad, incondicionalidad, y discreción. Los de abajo ven a los de arriba como amigos, a quienes se les hacen favores, para luego pedir, cobrar.

Lejos de la amistad, aquí todo es un intercambio: se da porque se tiene la certeza que luego se cobrará (y con intereses). Esas relaciones de “amistad” se escenifican en fiestas. Es allí donde los de arriba, una especie de aristocracia mafiosa, exhiben todo su poder, con ostentación: regalos, licor, comida, conjuntos musicales, casas, fincas, caballos, ropa, joyas.

Para los corruptos, los que no lo son, son estúpidos, gente a la que todavía no le ha llegado la hora de caer, sin experiencia “política”, que no se les ha presentado la oportunidad. Ellos –los mafiosos– no pueden entender las razones de los honestos, gente que se conforma con llevar una vida sencilla, que viven de su sueldo. Los corruptos van por el mundo con la certeza de que así es como son las cosas, que esto de la corrupción es inevitable, y que si Usted no hace parte de esas reglas algún día más –en su lugar– lo hará, que la de ellos es la única ley que importa.

La reciente elección de las cortes en Guatemala reveló la existencia de un pacto mafioso entre grupos de abogados, estructuras criminales y las fuerzas políticas que hacen la mayoría en el Congreso: el partido de gobierno, el Patriota, del candidato Alejandro Sibatú, y Lider, el Partido Libertad Democrática, del candidato Manuel Baldizón. Las claves del intercambio estuvieron dadas por protección e impunidad para los políticos, a cambio de llevar a las más altas magistraturas a abogados de dudosa reputación. El proceso de elección demostró cómo estos partidos –Patriota y Lider– son en realidad clanes mafiosos, que reparten instituciones y territorios a caciques, con poder de alcance nacional, regional o local. En su afán por hacerse con otro de los poderes del Estado –el judicial– están a punto de llevar al colapso lo que queda de la institucionalidad democrática.

Pero la elección de los magistrados también dejó al descubierto que en Guatemala todavía quedan jueces honestos que están dando una lección de dignidad. A ellos mi reconocimiento y admiración por atreverse a ver de frente a este aparato criminal.